

Hoy llegan los primos

Magdalena Helguera

loqueleg

La puerta imantada se cerró sin ruido sobre las seis cubetas de helado. “Ya están casi prontos”, pensó la abuela. “Lo único que me falta es desmoldar la torta”. Se quitó el delantal, acomodó el repasador que cubría la pascualina y se asomó a la ventana para ver si venía alguien.

En las últimas dos horas ya había hecho lo mismo unas quince veces, pero en las calles del balneario, además de los pozos de siempre, solo se veía algún perro medio insolado olfateando los yuyos o levantando la pata delante de los árboles. Como ya no podía estarse quieta, la abuela decidió salir a dar una vuelta.

Caminó lentamente buscando en todos los jardines a algún vecino con vacaciones y paciencia, a quien contarle que estaban por llegar casi todos sus nietos, que la mayor había pasado a sexto año, que el más chico ya caminaba y que esperaban al noveno para mediados de febrero. Pero seguía sin suerte. Con treinta y seis grados a la sombra y el sol de enero incendiando la tarde, los



que no estaban en la playa metidos en el agua estarían, al igual que su marido, roncando y traspirando en sus camas delante del ventilador.

Al pasar por la parada de ómnibus decidió esperar un poco, por si justo llegaba su hija Laura con los nenes, pero a los diez minutos empezó a arderle la nariz y tuvo que regresar a su casa para consolarse preparando más comida.

—¡Todavía no llegan, viejo! —le gritó al abuelo, despertándolo de su siesta por octava vez.

—Mmnnñññ oooaavíaeeeeestmprano —contestó el abuelo en idioma de bostezo, dándose vuelta para seguir durmiendo.

—¡Qué va a ser temprano! Si ya son las cinco. Podrías levantarte y bañarte de una buena vez, que después vienen todos apurados para el baño y tú lo tenés ocupado.

Como respuesta, desde el cuarto, se escucharon cuatro o cinco ronquidos.

12 —¡Ese es para mí!, ¿ta, nene? ¡Vos ya te comiste dos! ¡Ma-aaa! ¡Mirá a Gonza, se quiere comer mi pan con grasa!

—Pero vos no habías pedido. Ma, ella dijo que quería margaritas y ahora quiere pan con grasa.

—Pero margaritas no había, ¿ta?, así que ese es mío.

—¡Ah! Yo no sé nada. No es mi culpa si no había margaritas.

—El próximo que grite se baja y va corriendo atrás, ¿está claro? Y todavía faltan tres kilómetros.

La madre aminó la marcha y pareció muy dispuesta a cumplir su amenaza, lo cual hizo callar por un instante a los dos hermanos mayores; instante que aprovechó Manuel, el más chico, para apoderarse del último bizcocho de la bolsa y hacerlo desaparecer como por arte de magia. Por algo sus primos le dicen “pobrecito cocodrilo”; con sus cuatro años recién cumplidos, cuando abre la boca bien grande no hay nada ni nadie que pueda escapar de su famosa mordida. En caso de necesidad, ataca lo que venga —manzanas o huevos duros, dedos

gordos o narices—, como ya han podido comprobar varios vacunadores y un dentista.

Florencia se puso a calcular mentalmente cuántas cuadras serían tres kilómetros, mientras Gonzalo se imaginaba a sí mismo corriendo detrás de la camioneta: corría a toda velocidad, la alcanzaba, la pasaba y seguía corriendo, alcanzaba al deportivo rojo ¡y también lo pasaba! La gente se para a mirar, Gonzalo saluda, llega la televisión a filmarlo, lo invitan a las Olimpiadas, vienen a ofrecerle contratos millonarios de varias empresas de calzado deportivo, Gonzalo va a firmar...

—¡La palmera! ¡El almacén! ¡Estamos llegando! —gritó Florencia saltando en su asiento.

—¡Callate, nena, no me grites en la oreja! —protestó Gonzalo, tan bruscamente arrancado de sus sueños de ojos abiertos.

La madre suspiró. Tanta paz y silencio no podían durar mucho tiempo.

14 —¡Dale, ma, apurate que hoy llegan los primos! Yo ya estoy pronta —cargoseaba Julieta bailoteando alrededor de su madre, quien acariciaba su enorme barriga mientras se abanicaba con una revista.

—¡Yo ya me peiné! —gritó Gabi desde su cuarto, con la voz un poco ahogada dentro de un libro.

—Esperen un poco a que venga papá. Yo no tengo ganas de manejar con este calor, no me siento muy bien.

—¿Qué te pasa, mamita? ¿Te duele algo? ¿Tenés contracciones? —Julieta, preocupada, dejó de saltar, se acercó a su mamá y la rodeó cariñosamente con sus brazos de bailarina.

Gabi venía en ese momento desde el cuarto, hablando muy fuerte, como de costumbre:

—¡Maaaa! ¿Podemos quedarnos a dor...?

—¡Shhh! No grites, tarada, ¿no ves que mamá se siente mal?

—¿Qué? Bueno, yo no sabía. ¿Qué te pasa, mami, querés que te traiga algo?

—Gabi, a punto de llorar, hablaba ahora en susurros.

Julieta se enfureció consigo misma o, mejor dicho con su lengua que, según ella dice, tiene la mala costumbre de largar cualquier barbaridad sin su permiso.

—Perdoná, no quería decirte eso —se disculpó—. Es que me puse nerviosa porque mamá tuvo una contracción.

—¿Tuvo una qué? —preguntó Gabi, otra vez sonriente, inclinando la cabeza para escuchar mejor.

—Una contracción —contestó la madre—. Pero no se preocupen que ya pasó, es algo normal al final del embarazo.

—¿Quiere decir que ya va a nacer el bebé? ¿Querés que hierva agua? En las películas siempre hierven agua en estos casos.

—No, Gabi —rió la mamá—. Todavía falta un mes, y espero estar en el sanatorio cuando llegue el momento. Ahora estoy cansada nada más, y acalorada con este tiempo tan pesado. ¡Pero ahí viene papá! Todavía podemos ir un rato.

Gabi decidió no insistir con su pedido de quedarse a dormir en casa de los abuelos, pues ya sabía de memoria la respuesta: “Nosotros vivimos cerca. Tienen que dejar las camas para los primos que vienen de lejos y que solo pueden ir a la playa los días que pasan con ellos”. También le dirían que podrían quedarse unos días en febrero, cuando naciera el hermanito. ¡Qué gracia! Para

entonces ya se habrían ido todos los primos y se habría acabado la diversión.

Suspirando, Gabi tomó dos libros más, por las dudas, y subió al auto.